LIBRO DE HORAS

UN «CIEN» EDITORIAL

El guarismo 100, que para cualquier empresa o trabajo —incluidos los de vivir— es siempre un número importante, ha llegado en muy buena hora para la «segunda vida» de *N y C*. Pero seguramente estas iniciales dirán menos a muchos lectores que las palabras a las cuales representan: *Novelas y Cuentos*. Es decir, una de las más denodadas, seguras y útiles colecciones literarias populares de la lengua. Mucho estamos diciendo y algo habrá que justificarlo: denodada porque, a excepción de los tres años de guerra española y de algunos pocos meses más, *N y C* no ha interrumpido su aparición desde 1929; segura, dados la selección y el hábil penduleo de títulos y autores, tanto hispánicos como de otros idiomas; útil por haber cubierto durante generaciones las necesidades de lectura estimable por parte de públicos económicamente débiles o muy débiles y totalmente abandonados a su suerte —a su mala suerte— en el terreno cultural, con precios que ahora son como de carcajada, pero que entonces eran ya de risa: 20, 30 céntimos.

Pero, a título de balance, hagamos un poco de historia de esta serie realmente benéfica o, por lo menos, beneficiosa, creada en el primer tercio del siglo por José N. Urgoiti, y cuyo primer título, editado hace cuarenta y tres años, fue *Un asunto tenebroso*, de Balzac, mientras que el último, en su presentación antigua, publicaba *La ciudad doliente*, de Benavente, en 1966 y con el número de catálogo 1.842.

De acuerdo con los nuevos tiempos y el nuevo vivir, *Novelas y Cuentos* se renueva en el 67; sus cuadernos, de pedagógica apariencia, con cierto sobrio aire castrense de *Boletín Oficial del Estado Literario*, se convierten en funcionales libros de bolsillo —primer cambio de un espectacular cuadro de cambios—, y la colección queda integrada a las tareas de la editorial Magisterio Español; Juan Gutiérrez Palacio la dirige hasta el número 40 de la nueva época, y a partir de él, el crítico

literario Manuel G. Cerezales. El texto inicial de esta «segunda vida» de *N y C* abarca los números 1 y 2, y corresponde a un narrador que ha de constituir toda una presencia en la renovada colección, Ramón J. Sender, cuya *Aventura equinoccial de Lope de Aguirre* es también primer paso de la flamante aventura editorial. Los precios hoy continúan manteniéndose dentro de la tradición, digamos socio-económica de la casa, a cincuenta pesetas el volumen normal, setenta y cinco el doble y cien el tomo triple. Citemos, como ejemplo ilustrativo de esta tercera variante, la muy cuidada edición del *Quijote,* con un prólogo de Américo Castro, escrito para la ocasión —preámbulo que es ya casi «otro» libro, puesto que pasa del centenar de páginas— y una caja-estuche destinada a esta edición cervantina con que *N y C* ha celebrado el paso del Cabo de las Tormentas —y bien tormentosas— de sus cien títulos en segunda época.

El tradicional contenido antiguo de la *Revista Literaria, Novelas y Cuentos,* esencialmente y por vía económica, prudentemente atenido casi a los clásicos, ha sido ya ampliado a una vasta gama temática que abarca once materias: antologías, biografías y entrevistas, ciencia-ficción, clásicos, ensayos, humor, narradores modernos españoles y extranjeros, poesía, política, teatro... Los prólogos críticos de firmas al día, las notas a pie de página —usados ambos elementos sin pesadeces pedantescas ni eruditismos a la violeta—, la publicación de obras inéditas y las de autores de nuevo cuño son otros ingredientes de los que componen la jalea real rejuvenecedora de la veterana colección, cuyo aperturismo y *aggiornamento* resultan no menos apreciables en su índice por autores de esta segunda vuelta: he aquí juntos a Quevedo, Truman Capote, Petrarca, William Golding, Evaristo Acevedo o Jean Paris, a Luigi Santucci o Mario Pomilio con García Lorca o Buero, Saúl Bellow o James Purdy, D'Ors o Chejov, Emilio Romero o Andrew Sarris, entrevistando y cuestionando a Dreyer y a Buñuel, a Keaton y a Orson Welles. Antologías medievales junto a libros de problemática catalana actual y Sholom Aleichem o Herbert Gold junto a los nuevos cuentistas árabes...

A estas alturas de nuestra estadística, sin embargo, todas las enumeraciones empiezan a resultar un tanto caóticas porque son más bien materia de catálogo o de informe periodístico y no de nota especializada; la función que debe cumplir ésta y que sí va a cumplir de lleno en un sentido: el de dejar constancia del raro fenómeno cultural que en nuestros países, englobando en este caso a España con cualquiera de Hispanoamérica, supone la realidad en acción de mantener casi dos mil títulos de calidad editorial a precio y nivel de quiosco y a lo largo de cinco decenios, sin que los más varios trances, mutaciones

y circunstancias hayan destruido, corroído o envejecido, no obstante radicales cambios exteriores e interiores, la idea central de la colección ni su funcionamiento.

En mayor escala, pero con idéntico significado, la lección de *N y C* es tan ilustrativa y notable como la que propone cierta semana cultural, *Alcances,* que viene reiterándose en Cádiz cada verano, a la que en sus firmes ediciones presta ayuda el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, y que incluye en su celebración artes plásticas, cine, literatura, teatro, música y otras disciplinas, tomadas a carta cabal y en sus acepciones más exigentes; la lección es ésta: en materia de difusión cultural, si se la promociona bien y se la pone real y no verbalmente al alcance de las economías humildes, la calidad no tiene por qué ser aguada para llegar a públicos muy amplios y cumplir con efectividad las misiones que le son propias. Algo, pues, como para no dejarlo caer en el vacío, que es lo cómodo. Y lo «sistemático».

Viola

Las últimas exposiciones del pintor Manuel Viola en el Museo Nacional de Arte Contemporáneo y en la galería «Edurne», de Madrid, en Zaragoza la Sala Gaudí de Barcelona y en el II Festival de Arte y Cultura en la guadarrameña Cercedilla, devuelven a la actualidad uno de los más singulares temperamentos personales y artísticos que nos ha sido dado conocer. Se ha hablado de una «vuelta del Gran Brujo»; la expresión no es del todo afinada; en cualquier caso, hubiera sido mejor aludir a «un» Gran Brujo, ya que en pintura y en arte en general no escasean los brujos de tamaño. Sin embargo, ahora que la algarabía de la TV, la prensa y la radio nacionales han cesado de poner otra vez en órbita la buena taumaturgia o brujería creadora de Viola, puede ser útil calibrar el paso adelante que su arte supuso y su fecundo efecto allá por aquellos difíciles y mondos cincuenta.

En materia de arte, las comparaciones no sólo suelen ser odiosas, sino, sobre todo, tan relativas e imprecisas como esos maratones cronológicos —cuántas veces ridículos— de «Mengano fue quien empezó con esto» o «Ya el grupo Tal había hecho cual cosa». Nadie podría negar, con todo, que aquella arrancada de Viola en los casi inertes cincuenta, arrancada a la vez abstracta y preñada de signos españolísimos, inmemorial y vanguardista a un tiempo, supuso un avance real en nuestra pintura y abrió una durable brecha en la sensibilidad de casa y en la de fuera, con un olvidado eco internacional a nivel Sao Paulo, Ve-

necia o el París que volvía a acoger a Viola ya en olor de consagrado «mercadeable».

Y quiero aquí recordar también el animoso norte que, como artista y como espécimen humano, brindó Manuel Viola a buena parte de la desnortada juventud intelectual que empezábamos a trabajar en Madrid por aquellos años (años bastante penitenciarios respecto a la cultura), inyectando por doquier y sin ninguna clase de «epatantismo trepador», urgentísimas dosis de inquietud formativa, alegría vital, cernida información artística y literaria del exterior, sencillez, sentidos crítico y autocrítico. A muchos nos encendía y nos sigue encendiendo esa cabal fundición de obra y vida que se da en Manuel Viola, simbiosis motivada por una biografía de las que entran muy poquitas en libra, desde orador político de masas con catorce años hasta íntimo de Picasso, sentenciado por la Gestapo durante la resistencia francesa; desde poeta (bilingüe y excelente) hasta torero (abominable, al parecer, aunque contumaz y buen teórico), o desde embajador y *ad latere* en París de Vicente Escudero y de Pepe «el de la Matrona» hasta posible rey payo de Madrid o largo viajero por las muchas Hispanoaméricas, sin aludir ahora a su indesmayable generosidad o sentido del humor.

Las exposiciones de Arte Contemporáneo Edurne, Barcelona, Zaragoza y Cercedilla, recién clausurada, nada han dicho, sin embargo, de semejante biografía, sino —y ya es bastante— del pintor arrebatado y seguro que es Viola, primero entre los iniciadores de una pintura española de postguerra realmente liberada del pasado y al mismo tiempo el único de los «libérrimos» cuyo arte también suena —o sabe— a cosas del pasado importantes e incluso intemporales, con perdón por la paradoja.

Todas esas muestras, y con gran ventaja la primera, una exposición antológica y retrospectiva, a la que contribuyeron diversos países con el museo, han permitido repasar y asumir toda la obra pictórica de Viola, con sus cambios y sus reiteraciones, desde la etapa surrealista y la «tachista» hasta los vastos trípticos de la última época, la del Escorial. Toda una expo, la del museo, lograda e instalada, como tantas otras, por el singular equipo que capitanea el «Sumo Bajá» Luis González Robles y en el que actúa gente tan de calibre como José María Iglesias, Ceferino Moreno o Jesús González.

Poesía y sociedad secular

El calificativo de «malogrado» es uno de tantos latiguillos muertos que sin ton ni son suele colgarse a destajo y a buena comodidad —o a buena misericordia— de sus usuarios. En realidad, no abundan los

casos en que su empleo resulta aconsejable, y por lo que a uno respecta, creo que pocas veces habré ya de usar la palabra con tanta justicia como en el caso de Ricardo Molina. No es exactamente que Molina muriese en plena juventud, ya que vivió cincuenta y un años —del 17 en que nace en Puente Genil, al 68, en que muere en Córdoba—, sino que nos ha dejado la sensación, aun con todo lo bueno que ya había escrito, de haberse ido cuando estaba empezando a hallarse de veras, si no como poeta, puesto que su calidad poética se logró bien, al menos y desde luego como tratadista, como ensayista de amplias líneas y gran aliento. No hay más que leer sus últimos libros en prosa. Por ejemplo, ése que ostenta un título mucho más tópico y mucho menos sugerente que su contenido, *Misterios del arte flamenco* (Ediciones Sagitario, Barcelona, 1967). O bien este otro, su obra póstuma, recién aparecida entre las monografías que viene lanzando la Fundación Juan March: *Función social de la poesía,* tratado del que CUADERNOS HISPANOAMERICANOS adelantó en su día el capítulo del *aeda* andino.

El aparato documental, la sencillez y al mismo tiempo la agudeza del enfoque, la pluralidad de tiempos, mundos y aspectos presentados sobre el tema por Molina en testimonios vivos o interpretaciones directas (nada retorcidas, si bien sutiles, naturales, diríamos «espontáneas», si la palabra no estuviese en conflicto con los cuidadosos acarreo y cotejación intelectuales de la obra) tienen bien poco de frecuente.

La bibliografía española y extranjera que informa *Función social de la poesía* es impresionante; no podía ser menos, tanto por el ámbito del tema como por que el «Adonais» del 47 y autor de *Elegías de Sandua,* el estudioso de Bachelard y Borges, de Cernuda y Francis Jammes fue en sus últimos años, sobre todo, un hombre de datos, de fichas; datos y fichas al servicio, claro está, de la pasión flamencológica o de la indagación socio-literaria de primera magnitud, como la que se contiene en este vasto y alucinante recorrido histórico. En efecto, *Función social de la poesía* no trata nada más ni nada menos que del papel y la situación del poeta en las diversas sociedades desde que el mundo es mundo, desde el alba de la palabra y el «lenguaje» de primates y prehomínidos hasta nuestros días, hasta un Brecht o un Ezra Pound, pasando con todo lujo de precisiones, biografías, ejemplos, y con una amenidad que corre parejas con el rigor, por los sucesivos cambios y metamorfosis del hombre-poeta en Sumeria y Egipto, en Babilonia y la India, en China, Grecia, Roma, el mundo paleocristiano y medieval, el árabe, el del Renacimiento, el Barroco, la Ilustración, el Romanticismo y los siglos XIX y XX.

La evidente frivolidad de saltar de las primeras a las últimas líneas

de un libro nos resulta esta vez recompensante y expresiva: es Burckhardt, con unas palabras de sus *Reflexiones sobre la Historia Universal,* quien abre este sobrecogedor desfile de las culturas, las gentes y los siglos, desfile que termina cumpliendo lo que ellas enuncian: «Por lo que toca a los poetas, bien valdría la pena estudiar alguna vez exclusivamente su personalidad en el mundo y su importancia enormemente variada desde Homero hasta nuestros días.»

Y después de unos versos de las *Odas elementales,* de Neruda, cierra la obra de Molina una esperanzadora afirmación: «El poeta actual descubre con ojos de vidente la primigenia razón de ser de la poesía y lucha con denuedo por regresar a las fuentes y convertirla en lo que originariamente fue: la gran fuerza espiritual útil al hombre, la amiga del hombre por excelencia.»—*FERNANDO QUIÑONES (María Auxiliadora, 5. MADRID-20).*